

Celebración de los héroes de Thompson: análisis social en historia y en antropología*

Con frecuencia deseo que E.P. Thompson hubiera sido antropólogo. Su trabajo es admirable y ha servido de inspiración para el mío. Incorpora una concepción sofisticada de la cultura desde un punto de vista antropológico. Para él, las tradiciones culturales se seleccionan, recombinan e inventan como parte activa de la formación de clase.¹ Las tradiciones culturales, entendidas como versiones del pasado seleccionadas de manera activa, se constituyen y reconstituyen mediante conflictos sociales que se proyectan a sí mismos desde el pasado hacia un futuro imaginado. El análisis de las tradiciones concebidas de esta manera se vuelve la narrativa histórica de sus luchas, no el análisis sincrónico de formas culturales estáticas. Desde esta perspectiva, la ideología, y no el análisis social, ha creado la dicotomía entre la cultura vital (la creación activa de nuevas formas culturales) y la tradición inerte (la recepción pasiva de una herencia congelada, no disputada, transmitida del pasado).

Hacer historia (o, para el caso, antropología) incluye encontrar modos de composición adecuados para el análisis de luchas presentes. Los movimientos conflictivos de las tradiciones culturales tanto se inventan en formas narrativas como se descubren en el pasado histórico mismo. Los historiadores escuchan las voces del pasado como parte del proceso creativo de

* Tomado de Kaye y Keith McClelland (eds.), *E.P. Thompson, Critical Perspectives*, Temple, 1990. Las siguientes personas comentaron este trabajo: Amy Burcc, Natalie Davis, Donald Donham, Hugh Gusterson, Keith McClelland, Mary Louise Pratt y William Reddy. Agradezco sus sugerencias.

¹ Este punto de vista sobre la tradición se ha presentado, entre otros lugares, en Raymond Williams, *Marxism and Literature*, Oxford, Oxford University Press, 1977, pp. 115-120.

desarrollar sus narrativas analíticas. En el movimiento que hay entre la narrativa histórica y "lo que en realidad pasó", ninguna parte debe reducirse a la otra. El pasado histórico siempre constriñe sus narrativas, y una narrativa siempre selecciona y organiza los pasados históricos más complejos. Una narrativa histórica ni puede reducirse a datos brutos (porque no la articulan), ni puede tratarse como mera ficción (porque, una vez inventada, debe "ajustarse" a los hechos). En efecto, los historiadores constantemente viran de sus narrativas a los hechos, y de los hechos a sus narrativas. Aunque puedan aparentar serlo, tales narrativas nunca son inocentes. Las evaluaciones críticas de los recuentos históricos suscitan interrogantes en torno al cuidado con el que se ha sopesado la evidencia y respecto de las otras narrativas posibles que se podrían haber escrito sobre los mismos sucesos.

Mi admiración por la obra de Thompson será atemperada, en lo que sigue, por una crítica antropológica de *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Después de revisar los puntos de vista explícitamente polémicos de Thompson, sobre la antropología, sugeriré que la antropología crítica tiene mucho que compartir con el proyecto de escribir una historia comprometida. Esta superposición, no obstante, es menos evidente en las polémicas explícitas que en las prácticas del oficio del historiador. De este modo, este trabajo vuelve la mirada a la obra clásica de Thompson, en particular, a su esclarecedor análisis sobre la agencia humana, con miras a mostrar cómo puede instruir a la antropología crítica y ser instruida por ésta. La obra de Thompson es especialmente aleccionadora como modelo ejemplar del estudio práctico de la acción recíproca entre condicionar y hacer.² Mi crítica principal, desde una perspectiva de antropólogo, será que la apremiante narrativa de Thomp-

² Al hablar de un "modelo ejemplar", tengo en mente el término "ejemplar", tal y como se usa en Thomas Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, Chicago. University of Chicago Press, 1970, segunda edición ampliada. Su noción es que al aprender cómo hacer ciencia, uno aprende a reconocer una buena obra y, se espera, también a producirla. Cómo hacer una buena obra (ejemplar) no puede reducirse a reglas o recetas; sólo el estudio cercao de la obra misma permite que los practicantes alcancen maestría en la disciplina. Tal línea de razonamiento puede justificar el estudio de textos "clásicos" en la historia y la antropología.

son con frecuencia encubre el problema de si los conceptos centrales pertenecen al autor o a los agentes del cambio histórico. En años recientes, una serie de antropólogos han citado a Thompson como si se tratara de una figura ancestral.³ No obstante, como sucede con frecuencia en la adoración humana, estas ofrendas rituales no han conmovido a su beneficiario. En lugar de reconocer a sus veneradores aspirantes a descendientes suyos, provenientes de una disciplina vecina, Thompson objeta aquello que considera la excesiva confianza de la antropología sobre el método de "parar el proceso de la historia" para poder entablar un "análisis estático, sincrónico y estructural".⁴ En un debate sobre brujería europea, por ejemplo, Thompson se alió con el historiador Keith Thomas en contra de la antropóloga Hildred Geertz en los siguientes términos:

Me parece que la evidencia del siglo XVIII guía hacia un universo mental de un simbolismo que informa a la práctica, bastante más coherente de lo que Thomas sugiere para el XVII. Pero la coherencia (y aquí esperaría que algunos antropólogos hicieran este artículo de lado, con aversión) surge menos de cualquier estructura cognitiva inherente, que del campo de fuerza particular y de las oposiciones sociológicas peculiares a la sociedad del siglo XVIII; para ser directo, los elementos discretos y fragmentados de los viejos patrones de pensamiento, se integran por la *clase*.⁵

Transgrediendo las expectativas de Thompson, ávidamente seguí leyendo y me encontré con que estaba de acuerdo con su argumento, y que no deseaba cerrar el artículo con aversión. Su rechazo hacia un concepto de cultura cuya coherencia deriva de las estructuras cognitivas armónicas, más que de fuerzas sociales en conflicto, coincide con las perspectivas críticas actuales que desarrollan algunos antropólogos.

³ A Thompson se le citó de manera prominente, por ejemplo, en casi todas las presentaciones del simposio sobre "Cultura y materialismo histórico", durante las reuniones de 1984 de la Asociación Antropológica Americana.

⁴ E.P. Thompson, "Folklore, Anthropology, and Social History", en *The Indian Historical Review*, 3 (2), 1978, p. 260.

⁵ E.P. Thompson, "Eighteenth-Century English Society: Class Struggle without Class?", en *Social History*, 3 (2), 1978, p. 156.

En efecto, los objetos de la crítica de Thompson y de la antropología crítica son muy similares. Los antropólogos mismos han más que equiparado a Thompson al montar una crítica en contra de los escritos etnográficos que objetivan en nombre de la objetividad.⁶ Tal escritura descansa demasiado sobre normas de redacción disciplinarias que prescriben un punto de vista desapegado, en tercera persona, desde el que se describe la actividad social en tiempo presente, como si se repitiera siempre de la misma manera. La noción de cultura que Thompson y los antropólogos críticos objetan puede ilustrarse, entre otros, en el siguiente pasaje de la etnografía mercedamente clásica de E.E. Evans-Pritchard, *Los nuer*:

Los cambios temporales y lunares se repiten año tras año de manera que un nuer, posicionado en cualquier punto del tiempo, tiene conocimiento conceptual de lo que le espera, y puede predecir y organizar su vida de acuerdo con ello. El futuro estructural de un hombre, del mismo modo, es algo fijo que se ordena en distintos periodos, de manera que los cambios de estatus totales por los que pasará un niño en su tránsito prolijo por el sistema social, si vive lo suficiente, pueden predecirse.⁷

El etnógrafo habla de manera intercambiable de los nuer o de un hombre nuer porque, sin tomar en cuenta las diferencias de edad (las cuestiones de género difícilmente entran en la obra androcéntrica de Evans-Pritchard), se considera a la cultura como algo uniforme y estático. No obstante, al momento mismo en que el etnógrafo llevaba a cabo su investigación, se sujetaba a los nuer a cambios forzosos debido a los esfuerzos del régimen británico colonial por lograr la llamada pacificación. De manera incómoda, como en la versión de Edward Said del "orientalismo", los nuer de Evans-Pritchard se han repre-

⁶ Renato Rosaldo, "Grief and a Headhunter's Rage", en Edward Bruner (ed.), *Text, Play, and Story*, Washington, D.C., American Ethnological Society, 1984, pp. 178-85, y "Where Objectivity Lies", en John Nelson, Donald McCloskey y Alan Megill (eds.), *The Rhetoric of the Human Sciences*, Madison, University of Wisconsin Press, 1986.

⁷ E.E. Evans-Pritchard, *The Nuer*, Oxford, Oxford University Press, 1940, pp. 94-95.

sentado etnográficamente como un grupo internamente homogéneo e incambiable en el tiempo.

Los términos de la batalla intelectual de Thompson en torno al concepto de cultura probablemente resultan familiares a la mayoría de los lectores. Sus desacuerdos con la antropología se asemejan a sus ataques contra el estructuralismo de Louis Althusser y a su crítica de la idea de Raymond Williams de la cultura como consenso.⁸ De entre las palabras clave que informan la versión de cultura bajo ataque están "estática", "estructura sincrónica" y "consenso". Thompson concibe la cultura como un campo en contienda, y no como un mundo estático, compartido de manera uniforme. De entre sus palabras clave tenemos "cambio", "experiencia", "conflicto" y "lucha".

En la cosmología de Thompson, la antropología representa al Otro benigno (en contraste con el Otro maligno, los althusserianos).⁹ En una ocasión, por ejemplo, separa a la antropología de la historia al decir:

[...] generalmente es cierto que la antropología, la sociología y la criminología han evolucionado, ya sea como disciplinas no históricas o con un componente histórico inadecuado, o con un sesgo activamente antihistórico.¹⁰

En otra ocasión, la distancia cobra una importancia tal que tan sólo contemplar que haya una convergencia entre la historia y la antropología, hace que la prosa de Thompson se crispe conforme utiliza estereotipos sexistas de manera ridiculizante (pero no crítica), para describir una erótica perversa:

⁸ Estos debates han sido extensos y acalorados, pero algunas obras pueden proveer de una orientación básica. La crítica de E.P. Thompson a Raymond Williams aparece en "The Long Revolution I", en *New Left Review*, 9, 1961, pp. 24-33, y "The Long Revolution II", en *New Left Review*, 10, 1961, pp. 34-39. Raymond Williams aclaró su posición prudentemente en *Politics and Letters*, London, New Left Books, 1979, pp. 135-136. El ataque de E.P. Thompson a Louis Althusser aparece en *The Poverty of Theory and Other Essays*, New York, Monthly Review Press, 1978. La respuesta vigorosa de Perry Anderson a Thompson aparece en *Arguments Within English Marxism*, London, New Left Books, 1980.

⁹ Las críticas a la antropología de E.P. Thompson, por supuesto, palidecen junto al trato que da a Althusser en *The Poverty of Theory and Other Essays*.

¹⁰ E.P. Thompson, "Anthropology and the Discipline of Historical Context", en *Midland History*, 1 (3), 1972, p. 45.

[...] en la mirada de algunos, el "adoctrinamiento sistemático" de los historiadores "en las ciencias sociales" evoca una escena de inseminación en la que Clío yace inerte y desapasionada (quizá con la mirada perdida), en tanto la antropología o la sociología arrojan su semilla en su útero.¹¹

Thompson sostiene con fuerza que las dos disciplinas debían continuar con su abstinencia, y no comprometerse en una unión sexual o de ningún otro tipo.

Aunque rechaza una versión pasada de moda del concepto de cultura, Thompson propone que los historiadores usen interrogantes antropológicas para abrir nuevas áreas de investigación, modificar o demoler conceptos establecidos, y probar proposiciones mediante la "disciplina del contexto histórico". En esta vena, por ejemplo, dice:

[...] para nosotros, el impulso antropológico principalmente se siente, no en la construcción de modelos, sino en la ubicación de nuevos problemas, en ver viejos problemas de nuevas maneras, en un énfasis sobre normas o sistemas de valor y en rituales, prestando atención a las funciones expresivas de las formas de los disturbios y las revueltas, y en las expresiones simbólicas de autoridad, control y hegemonía.¹²

Lejos de estar en desacuerdo, sin embargo, la mayor parte de los antropólogos de cualquier índole aplaudirían los señalamientos de Thompson. En efecto, hemos dicho gran parte de lo mismo respecto de la aplicación de conceptos y métodos útiles para entender una cultura, al estudio de otra.¹³ Tampoco

¹¹ *Ibid.*, p. 46.

¹² E.P. Thompson, "Folklore, Anthropology and Social History", p. 248.

¹³ Clifford Geertz, por ejemplo, ha dicho, "Los famosos estudios que aparentan demostrar que el complejo de Edipo aparecía invertido en las islas Trobriand, que los roles sexuales estaban de cabeza en Tchambuli, y que los indios Pueblo carecían de agresión (resulta característico que todo esto era negativo --'pero no en el sur'), son hipótesis que no se han 'validado y aprobado científicamente', sin importar cuál pueda o no ser su validez empírica. Son interpretaciones o malas interpretaciones como cualquiera otra, a las que se llegó de la misma manera que a otras, y que resultan, de manera inherente, tan inacabadas como cualquier otra, y el intento de conferirles la autoridad de la experimentación física, no es sino un mañoso truco metodológico". "Thick Description: Toward an Interpretive Theory of Culture", en *The Interpretation of Cultures*, New York, Basic Books, 1973, p. 23.

imaginan muchos antropólogos que la disciplina haya producido leyes, hallazgos o métodos que puedan transportarse de un contexto histórico o cultural a otro sin una modificación profunda. Quizá Thompson se decepcionaría de saber que los antropólogos encuentran su polémica sensata y elocuente, y no obstinada y controversial. Para los etnógrafos, las contribuciones más originales de Thompson no pueden deducirse de inmediato de sus polémicos escritos.

Se podría decir que la polémica de Thompson se refiere más al concepto de cultura que se apropiaron sus colegas historiadores, que al estado del arte en la antropología. De manera similar a la noción de Thompson de las tradiciones culturales, la antropología misma se ha desarrollado mediante un proceso de lucha y cambio constante. Ni el consenso ni el estancamiento caracterizan a la mayor parte de sus problemáticas centrales. De hecho, como he dicho, a las críticas de Thompson se han más que sumado ataques violentos desde dentro de la disciplina, contra un punto de vista sobre la cultura que se basa en la coherencia cognitiva. Como en muchos casos de préstamo cultural, la noción de cultura que fue sujeta a las críticas de Thompson es ya algo más residual que dominante en su lugar de origen.¹⁴

ANTROPOLOGÍA CRÍTICA

Desde fines de la década de 1960, una serie de antropólogos han arrancado el proyecto de hacer de la historia, la política y el conflicto cuestiones centrales al estudio de la cultura y la sociedad.¹⁵ Donde la estructura y el sistema alguna vez reinaron

¹⁴ El texto *Montaillou: The Promised Land of Error* (New York, George Braziller, 1978), de Emmanuel Le Roy Ladurie, puede ser sujeto de una crítica similar, tal y como se ve en Renato Rosaldo, "From the Door to his Tent: the Fieldworker and the Inquisitor", en *Writing Culture: the Poetics and Politics of Ethnography*, Berkeley, University of California Press, 1986, pp. 77-97.

¹⁵ Una fuente primordial para hacer de los procesos políticos algo central a la antropología, ha sido Pierre Bourdieu, *Outline of a Theory of Practice* (Cambridge, Cambridge University Press, 1977). Max Gluckman y sus seguidores, conocidos con el nombre colectivo de la Escuela de Manchester, jugaron un papel importan-

como conceptos centrales, proceso y práctica ocupan ahora su lugar. La investigación etnográfica local ha encontrado cada vez más difícil ignorar los estudios históricos y los contextos de análisis más globales.

Aunque sucedieron algunos cambios a fines de los sesenta en otros campos y en otros países, el empuje inicial de este cambio disciplinario en Estados Unidos fue el movimiento por los derechos civiles, seguido por la movilización contra la guerra de Vietnam. Intensas sesiones de enseñanza-aprendizaje, asambleas masivas, manifestaciones y huelgas marcaron el tono político de este periodo en las universidades estadounidenses. Las reuniones anuales de las personas integrantes de la Asociación Antropológica Americana se volvieron campo de batalla verbal en los que las resoluciones sobre ciertos temas de importancia en ese momento se debatían fieramente. La investigación antropológica llevada a cabo en Chile y Tailandia se atacó desde dentro de la disciplina, debido a sus usos potenciales en los esfuerzos contrainsurgentes. Algunos "nativos" objetaron y acusaron a los antropólogos de perpetuar estereotipos y de no ofrecer resistencia a la dominación y opresión que sus sujetos de investigación sufrían. Algunas ideas de Thompson, mencionadas en algunos pasajes citados antes, respecto de un "análisis estructural sincrónico, estático" y de la coherencia cultural basada en una "estructura cognitiva inherente", simplemente nos parecían irrelevantes (por utili-

te en la cimentación de esta preocupación teórica (véase, por ejemplo, A.L. Epstein [ed.], *The Craft of Social Anthropology*, London, Tavistock, 1967 y Max Gluckman, *Custom and Conflict in Africa*, London, Basil Blackwell, 1956). Edmund Leach, quien también desarrolló esta perspectiva, afirmó lo siguiente: "sostengo que la estructura social en situaciones prácticas (en comparación con el modelo abstracto del sociólogo), consiste en un conjunto de ideas sobre la distribución del poder entre las personas y grupos de personas", *Political Systems of Highland Burma*, Boston, Beacon, 1965, p. 4. La preocupación central de mi propia etnografía, *Ilongot Headhunting, 1883-1974: A Study in Society and History*, Stanford, Stanford University Press, 1980, surgió de esta corriente del pensamiento antropológico, al igual que un trabajo mío más reciente, "While Making Other Plans", en *Southern California Law Review*, 58 (1), 1958, pp. 19-28. Sherry Ortner revisó el desarrollo de estas tendencias en "Theory in Anthropology Since the Sixties", en *Comparative Studies in Society and History*, 26 (1), 1984, pp. 126-166. Esta preocupación conceptual es una con el deseo de E.P. Thompson de hacer de la política algo central para su análisis, al prestar atención tanto al hacer como al condicionar.

zar un término de aquella época) a quienes estábamos involucrados en las luchas por lograr una transformación social.

En parte como consecuencia accidental de sus propios puntos ciegos, la *New Left* (Nueva Izquierda) en Estados Unidos ayudó a producir una gama de movimientos políticos que respondían a formas de opresión basadas en el género, la preferencia sexual y la raza. Las mujeres, por ejemplo, se empezaron a organizar, entre otras razones, porque la Nueva Izquierda las colocaba con mayor frecuencia en papeles secretariales que de liderazgo. Tal y como las feministas nacientes inmediatamente notaron, el sexismo permeaba a la sociedad entera y no tan sólo a la Nueva Izquierda en sus primeras fases. El racismo y la homofobia condujeron a conclusiones similares en otros sectores sociales. El feminismo, los movimientos gay y lésbico, el movimiento de los nativos americanos, las luchas de los negros, de los chicanos y de los puertorriqueños, exigían análisis sociales globales que colocaban al centro las aspiraciones y demandas de aquellos grupos demasiado frecuentemente pasados de largo por la política progresista estándar, por no mencionar a la ideología nacional dominante. Aunque muchos antropólogos que adquirieron la mayoría de edad a fines de los sesenta se involucraron en una u otra de estas luchas, mi propia visión política se ha conformado de manera más directa gracias a mi involucramiento en el movimiento chicano universitario. Esta experiencia ha provisto, como se puede ver a continuación, de un sentido de centralidad para la lucha política y de urgencia de prestar cuidadosa atención a las percepciones y aspiraciones de los grupos subordinados.

El fermento político de fines de los sesenta y principios de los setenta transformó a la antropología estadounidense a través del trabajo de figuras tales como David Aberle, Gerald Berreman, Kathleen Gough, Joseph Jorgenson, Dell Hymes, Louise Lamphere, Sidney Mintz, Laura Nader, Rayna Rapp, Michelle Rosaldo, Sydel Silverman y Eric Wolf.¹⁶ Las antropologías fran-

¹⁶ Aunque se podrían citar numerosas obras, el tenor de los tiempos puede discernirse a partir de Dell Hymes (ed.), *Reinventing Anthropology*, New York, Random House, 1969; Rayna Rapp Reiter (ed.), *Toward an Anthropology of Women*, New York, Monthly Review Press, 1975; y Michelle Zimbalist Rosaldo y Louise Lamphere

cesa y británica de la época también dieron forma a las agendas de investigación estadounidenses. Pierre Bourdieu y Talal Asad, por ejemplo, a través de sus respectivos escritos sobre una teoría de la práctica y la dominación colonial, agudizaron la faceta política de las primeras e importantes formulaciones de Clifford Geertz sobre los sistemas culturales.¹⁷ La reinención de la antropología también recibió la influencia de tendencias más amplias en el pensamiento social; éstas iban de escritores tales como Antonio Gramsci y Michel Foucault, pasando por Anthony Giddens y Richard Bernstein, para llegar a Raymond Williams y E.P. Thompson.

La mayor parte de quienes estudiaron a Thompson desde la antropología se han educado en el análisis simbólico, el materialismo histórico, o en ambos. Comparten el interés amplio por temas como la conciencia política, la ideología, la lucha de clases, la dominación y la interacción entre poder y conocimiento. Para ellos, las culturas se entienden no como sistemas cognitivos desligados, sino como procesos negociados; son tanto algo que se recibe como algo que se hace. En un proceso dialéctico, las culturas dan forma a la política, la sociedad y la economía, y se conforman por éstas. Ni se pueden reducir a las duras superficies de la vida cotidiana, ni se les puede divorciar de éstas. Sus historias resultan de la interacción entre la estructura y la agencia humana. Esta corriente antropológica claramente se yuxtapone con el proyecto analítico de Thompson. En esta vena, *La formación de la clase obrera inglesa* se cita con frecuencia como "un estudio sobre un proceso activo, que debe tanto a la agencia como al condicionamiento".¹⁸

(eds.), *Woman, Culture and Society*, Stanford, Stanford University Press, 1974. Desafortunadamente, las voces de las minorías han tenido un impacto menor en la antropología más influyente (una revisión reciente de escritos chicanos puede encontrarse en Renato Rosaldo, "Chicano Studies, 1970-1984", en Bernard Siegel, Aian Velas y Stephen Tyler (eds.), *Annual Review of Anthropology*, 14, pp. 405-427.

¹⁷ De entre las obras de mayor repercusión de estos tres autores se encuentran: Pierre Bourdieu, *Outline of a Theory of Practice*; Talal Asad (ed.), *Anthropology and the Colonial Encounter*, London, Ithaca Press, 1973; Clifford Geertz, *The Interpretation of Cultures*.

¹⁸ E.P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, New York, Vintage, 1966, p. 9 (a partir de aquí la obra clásica de Thompson se citará en el texto tan sólo por el número de página). En el pensamiento social, este tema aparece bajo la

Mi propio descubrimiento de la obra de Thompson llegó de manera clásicamente antropológica, al escuchar a los nativos, más que a través de lecturas. En este caso los nativos eran integrantes de una disciplina, la historia social, y no de una tribu. Todo comenzó durante 1975 y 1976, cuando pasé un año en el Institute for Advanced Study, de Princeton, como integrante de un grupo interdisciplinario, compuesto principalmente por historiadores sociales y antropólogos culturales. Mi proyecto era escribir una etnografía sobre los ilongotes, una tribu montañesa de Luzón, Filipinas. Los datos de lo que sería esta etnografía incluían vastos testimonios orales que se extendían a casi un siglo en el pasado. La idea era escribir una historia sobre el tipo de pueblo (llamado primitivo) que supuestamente no tiene historia alguna.¹⁹

La política de fines de la década de los sesenta y principios de los setenta había hecho, para entonces, que los severos límites impuestos por la restricción de la variación temporal al ciclo anual se volvieran aparentes para la mayor parte de los practicantes de la disciplina. La noción de cultura, definida como sistema cognitivo, no daba cuenta de los procesos políticos que producen el cambio histórico en las sociedades. El concepto utilizado de estructura social, definido como las formas duraderas de las relaciones humanas, se había asumido más que investigado. La estructura social usualmente se infería a partir de indagaciones a corto plazo, más que ser estudiada en periodos largos. Al estudiar el ciclo de vida, por ejemplo, los

forma de la interacción entre la agencia humana y la estructura. En este contexto, los escritores con frecuencia citan la doctrina de Marx, que dice que la gente hace su propia historia, pero no bajo condiciones que elijan de manera independiente. Obras representativas de esta línea de pensamiento incluyen: Richard Bernstein, *The Restructuring of Social and Political Theory*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1978, y *Beyond Objectivism and Relativism*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1983; Anthony Giddens, *New Rules of Sociological Method*, New York, Basic Books, 1976; y *Central Problems in Social Theory*, Berkeley, University of California Press, 1979; y Raymond Williams, *Marxism and Literature*. Una perspectiva más estrictamente sociológica se encuentra en Allen Dawe, "The Two Sociologies", en *The British Journal of Sociology*, 21, 1970, pp. 207-218; y en "Theories of Social Action", en Tom Bottomore y Robert Nisbet (eds.), *A History of Sociological Analysis*, New York, Basic Books, 1978, pp. 362-417.

¹⁹ Este proyecto se convirtió en *Ilongot Headhunting, 1883-1974: A Study in Society and History*.

analistas asumían que existía una cultura homogénea, no cambiante, y deducían sus modelos al observar a las personas en su primera infancia, en su niñez, en su adolescencia, edad adulta y vejez, durante un solo año. Era como si un antropólogo me observara, a mí y a mis hijos, a mediados de los ochenta, y luego explicara el carácter de los adultos (mi carácter) en relación con las guarderías (las de mis hijos, cuestión impensable e institucionalmente no disponible durante mi niñez). Los defectos de depender de manera exclusiva del análisis sincrónico eran, para entonces, abrumadoramente evidentes. Los modos alternativos de análisis eran bastante menos claros.

El problema inmediato era cómo, en la práctica, escribir una descripción social del cambio, del conflicto y de los procesos políticos. Los lemas y los conceptos abstractos no lo llevaban a uno muy lejos. Cambiar el objeto de análisis de la estructura al proceso requería de grandes transformaciones, no sólo en los conceptos analíticos, sino también en los estilos de composición.²⁰ Con todo, la escritura etnográfica convencional

²⁰ Algunos filósofos y otras personas han dedicado mucho tiempo a pensar en las formas retóricas de la historia, pero estas reflexiones parecen haber tenido poca influencia sobre los historiadores practicantes. Esta tradición se puede encontrar en la revista académica *History and Theory*. Otras fuentes incluyen: W.B. Gallie, *Philosophy and the Historical Understanding*, New York, Schocken Books, 1968; J.H. Hexter, "The Rhetoric of History", en David L. Sills (ed.), *The International Encyclopedia of the Social Sciences*, New York, Crowell, Collier and Macmillan, 1968, vol. 6, pp. 368-394; Paul Ricoeur, *Time and Narrative*, vol. 1, Chicago, University of Chicago Press, 1984; y Hayden White, *Metahistory*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1973. Dentro de esta tradición de pensamiento, uno puede distinguir a aquellos que intentan leer los relatos "en sus propios términos" (como una forma de apreciación estética), de quienes las leen en relación con proyectos analíticos particulares, como he intentado hacer aquí.

El análisis retórico ha entrado a la antropología mucho más recientemente, pero de manera mucho más central, que a la historia. Algunas obras antropológicas relevantes, son: James Boon, *Other Tribes, Other Scribes*, Cambridge, Cambridge University Press, 1982; James Clifford, "On Ethnographic Authority", en *Representations* 1 (2), 1983, pp. 118-146; James Clifford y George Marcus (eds.), *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*; Vincent Crapanzano, *Tuhami*, Chicago, University of Chicago Press, 1980; Kevin Dwyre, *Moroccan Dialogues*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1982; Clifford Geertz, "Slide Shows: Evans-Pritchard's African Transparencies", en *Raritan*, otoño, 1983, pp. 62-80; George Marcus y Dick Cushman, "Ethnographies as Texts", en Bernard Siegel, Alan Beals y Stephen A. Tyler (eds.), *Annual Review of Anthropology*, vol. 11, Palo Alto, Annual Reviews, Inc., 1982, pp. 25-69; George Marcus y Michael Fischer, *Anthropology as*

proveía de demasiado poca prosa ejemplar para explorar las tradiciones culturales como procesos conflictivos. Inscritos en un presente distanciado que normaliza las reglas de la redacción, se habían diseñado para el estudio de estructuras sociales atemporales y de configuraciones culturales estáticas. La violación de tales normas de composición como el presente etnográfico atemporal, o el sustantivo para nombrar a un grupo anónimo (los nuer, por ejemplo, en lugar del uso de nombres propios) nos dejaba sin modelos alternativos para escribir. Las decisiones en torno a la escritura, a su vez, con frecuencia contenían temas (implícitos) para el análisis conceptual. Así, las cuestiones de la habilidad para escribir y la composición misma, comenzaron a aparecer como algo tan importante como las cuestiones de teoría y método, con las que se entretejían de manera inextricable.

En lo que sigue, mi proyecto es analizar la práctica de Thompson de concebir y escribir descripciones sociales en armonía con la política, la historia y el conflicto. Así, me centraré en sus primeras obras, más que en sus escritos polémicos más recientes. Estudiar *La formación de la clase obrera en Inglaterra* ha sido tanto iluminador, porque la narrativa de Thompson es tan diestra y convincente, como inquietante, porque su teoría del análisis y la composición no es totalmente explícita. La brecha entre crear un modelo abstracto de procesos políticos en su desarrollo histórico, y efectivamente hacer una historia etnográfica, es enorme. En este aspecto, las contribuciones más significativas de Thompson a la antropología supuestamente residen menos en sus comentarios explícitos sobre la disciplina, que en los estilos de composición mediante los cuales desarrolla dúctiles análisis sociales empíricos de tradiciones cul-

Cultural Critique: An Experimental Moment in the Human Sciences, Chicago, University of Chicago Press, 1986; y Renato Rosaldo, "Doing Oral History", en *Social Analysis*, 4, 1980, pp. 89-99; "Ilongot Hunting as Story and Experience", en Victor Turner y Edward Bruner (eds.), *The Anthropology of Experience*, Urbana, University of Illinois Press, 1986, pp. 97-138; y "Where Objectivity Lies". El proyecto general ha sido llamado "estudiar etnografías como textos". La idea, en breve, es que los antropólogos han dedicado mucho tiempo a la discusión metodológica en torno a la recolección y manipulación de datos, pero notablemente menos a los temas conceptuales que tienen que ver con la escritura.

turales conflictivas y la agencia humana. Las secciones siguientes, sobre *La formación de la clase obrera inglesa*, intentan explorar, de manera crítica y agradecida a la vez, una serie de temas conceptuales, pertinentes al desarrollo de los análisis sociales, informados por la interacción entre la historia y la antropología.

TRADICIONES CULTURALES COMO MOVIMIENTOS CONFLICTIVOS

La formación de la clase obrera en Inglaterra presenta una serie de preguntas fundamentales para el pensamiento social. Si los conflictos irreducibles constituyen ciertas tradiciones culturales, entonces sus análisis deben dar cuenta de percepciones divergentes de aquello que está en juego, así como de las tácticas involucradas en la lucha política. Dentro de la singularidad de sus momentos históricos, los conflictos políticos son tan inconmensurables que quedan más allá de la síntesis. Desde esta perspectiva, el análisis social ya no puede extirpar a sus sujetos sus intereses políticos al buscar tan sólo patrones culturales o determinantes estructurales. En lugar de ello, uno debería otorgar el centro del estrado a las posiciones divergentes, siempre mutantes, así como a las relaciones en contienda que, en conjunto, desarrollan los procesos políticos.

Las tradiciones en conflicto en *La formación de la clase obrera en Inglaterra* se articulan no sólo entre trabajadores y artistas románticos del pasado histórico, sino también entre los historiadores que han escrito sobre el periodo. Es sobre todo en la Parte Dos en la que Thompson opone a sus colegas historiadores unos contra otros. Thompson comienza su narrativa al crear una formación de dos bandos, para enfrentarlos, de esta manera:

[E] territorio de la revolución industrial, que fue investigado y delimitado por vez primera por Marx, Arnold Tynbee, los Webb y los Hammond, ahora parece un campo de batalla académico. Un punto después del otro, la familiar mirada "catastrófica" del periodo se ha disputado. Allí donde se acos-

tumbaba ver al periodo como uno de desequilibrio económico, intensa miseria y explotación, represión política y agitación popular heroica, la atención se dirige ahora a la tasa de crecimiento económico (y las dificultades del "despegue" hacia una reproducción tecnológica auto-sustentable). El movimiento de cercamiento* es notable ahora por su éxito en alimentar a una población en rápido crecimiento, y menos por su dureza al desplazar a los pobres aldeanos (p. 195).

Enfrentados en este campo argumentativo, dos parejas casadas, no nombradas, los Hammond y los Webb, están de un lado de la disputa en contra de sus oponentes, con nombre, Sir John Clapham y el profesor Ashton, en el otro. Esta ronda enfrenta a lo que Thompson llama una vieja "ortodoxia catastrófica", en contra de una nueva "ortodoxia anticatastrófica".

Un poco después de haber marcado las líneas de la batalla, tanto el profesor Ashton como Sir John Clapham son vencidos por los Hammond. Quizá Sir John Clapham sufre la humillación más grave cuando Thompson se mofa de su argumentación en torno al promedio nacional de la siguiente manera:

A lo largo de esta concienzuda investigación, el gran empirista evita todas las generalizaciones excepto una: la búsqueda del mítico "promedio". En su discusión sobre agricultura, encontramos la "granja promedio", la "pequeña propiedad promedio", la proporción "promedio" entre trabajadores y empleadores (p. 213).

Después de su rimbombante remedo, Thompson adopta la voz de la razón. Argumenta de manera persuasiva a favor de no confundir la verdadera problemática —valorar el bienestar de la clase obrera, así como tomar en cuenta su empobrecimiento— con su sustituto, la búsqueda de un promedio estadístico.

Una vez ganada la batalla inicial, no obstante, los Hammond y los Webb continúan tan sólo para perder la guerra. Empiezan bien, como participantes de una tradición radical, pero luego

* "Cercamiento" se refiere a la palabra inglesa "enclosure", que se trabaja en el tomo I, capítulo 24 de *El Capital* (n. de la t.).

siguen el patrón de vuelo de Ícaro, y caen. Thompson los condena debido a sus perspectivas fabianistas, utilitarias o, en general, tan sólo de mejora. Además de ser más reformistas que radicales, provocan la ira del historiador al descontar todos los movimientos espontáneos de la clase obrera, particularmente a los ludistas, por ser "ya sea altamente improbables o, si no, por estar equivocados" (p. 591). La tradición del disenso misma se constituye por el disenso.

LA CREACIÓN DE UNA TRADICIÓN RADICAL

Al desarrollar su narrativa Thompson construye una red social a través de la cual textualmente crea una tradición radical, a la vez fundamentada en la clase obrera, y que la trasciende. Cuando la gente que comparte la tradición radical entra en situación de conflicto, Thompson sujeta su conducta a juicios complejos en los que la virtud y el vicio políticos siempre se confrontan, pero con frecuencia coexisten, a veces como tensiones, al interior de un mismo protagonista. Al hacer tales juicios, Thompson usualmente considera las evaluaciones y las autovaloraciones de los contemporáneos de la persona en ciernes. Incorporar los juicios de las figuras históricas y sus pares implícitamente subraya la importancia analítica de la conciencia para el entendimiento de la agencia humana. Thompson toma en cuenta las percepciones porque dan forma a la conducta de sus sujetos de estudio. Esta telaraña de personas interconectadas compone la tradición radical, y porta una relación problemática, como se verá, para la formación de la clase obrera.

Thomas Hardy y Francis Place, por ejemplo, son colegas de la London Corresponding Society. Thompson inicialmente los une más al decir que:

Place mismo, con su comportamiento sobrio, su gran capacidad de organización, su esmero intelectual y su experiencia en la organización de sindicatos, estaba en la tradición de Hardy (p. 139).

Sin embargo, al inicio de la narrativa, Thompson prefigura el destino posterior de Place al notar que:

Las virtudes que se respetan a sí mismas con frecuencia incluyen actitudes estrechas, que en el caso de Place, lo conducen a aceptar las doctrinas utilitaria y malthusiana (p. 58).

Así, la virtud y el vicio se interceptan en una misma persona, de manera similar a la que usa Henry James (con su muy distinta agenda personal y política) para evaluar a los personajes en sus novelas.

Las políticas reformistas de Place jamás pueden recibir la aceptación plena de la visión, más radical, de Thompson. El historiador habla de Place como escritor de la siguiente manera:

Pero Place estaba lejos de ser ese creador mítico, el "observador objetivo". También estaba muy dedicado al partido, profundamente involucrado en las riñas radicales que definen al periodo completo (1806-1832), e impaciente con los opositores. Veía a Cobbett tan sólo como un "abusador cobarde, sin escrúpulos", al "Orador" Hunt como alguien "impudente, activo, vulgar". El buscador de hechos oficial sobre los problemas de la clase obrera para los utilitarios, cuando llegó a escribir sus memorias, estaba ansioso por poner énfasis en las contribuciones de los moderados y restarle importancia a los "agitadores de las muchedumbres". Además, los reformistas de avanzada lo consideraban altamente sospechoso (p. 486).

El historiador asesta a su víctima (junto con ciertos colegas historiadores) el golpe terminante al revelar que Place es considerado un héroe en la historiografía fabianista (p. 592). En su patrón de ascenso inicial, seguido de una rápida caída, la trayectoria de Place en el juicio de Thompson es paralela a la evaluación que hace de los Webb y los Hammond.

La red de Hardy vincula en el trabajo a otros protagonistas históricos. Él y John Thelwall, por ejemplo, son compañeros de prisión. Thompson sostiene un juicio complejo de Thelwall, quien combina un don de palabras (positivo), con una disposición (debilitante) para el drama personal. Al caracterizar a su protagonista como uno de los teóricos más importantes de la London Corresponding Society, Thompson afirma:

John Thelwall, hijo de un mercader de seda, era el más importante —andaba a horcajadas entre el mundo de Wordsworth y de Coleridge, y el mundo de los tejedores de Spitalfields (p. 157).

La capacidad de cabalgar dos mundos, el de los trabajadores y el de los artistas románticos, es un gran elogio para Thompson (como veremos más adelante en su discusión de Blake). No obstante, las visitas y caminatas de Thelwall con William Wordsworth por la campiña eran una virtud ambigua.

A juicio de Thompson, Wordsworth sigue el patrón, ahora familiar, de ascenso inicial, luego caída. El poeta entra a la "Parte Uno" con un elogio para un verso que captura el optimismo del espíritu revolucionario de fines del siglo XVIII. Se advierte al lector que éste era "sólo un optimismo (que Wordsworth pronto perdería), al que el radicalismo se aferró de manera tenaz" (p. 95). Más tarde, el historiador nota:

Ahí comenzó, para una generación de intelectuales, ese patrón de desencanto revolucionario que prefigura los burdos patrones de nuestro propio siglo (p. 176).

La valoración de Thompson respecto de Wordsworth abarca, mediante un proceso de exclusión e inclusión, a trabajadores y artistas dentro de una tradición radical que comprende del pasado al presente.

La concepción de Thompson de que las tradiciones se conforman mediante luchas aún vitales para la gente actual se ha redactado como una serie de conflictos en ciernes que saturan la totalidad de la obra. Hay colisiones entre la clase obrera y la clase media, entre grupos opuestos de la clase obrera misma, entre los panfletos y sus públicos, entre Thompson y otros historiadores, y entre Thompson y sus lectores. La narrativa de estos conflictos se desenvuelve en campos sociales tan distintos, sin embargo supuestamente interconectados, como aquellos que hay entre la clase obrera y el arte romántico. En todos estos casos con frecuencia aparecen batallas paralelas que señalan la existencia de una tradición radical más amplia, que permea y da forma a la experiencia a través de secto-

res sociales muy diferentes, conforme se extiende del pasado hacia el presente.

¿QUIÉN HIZO LA RED?

Un antropólogo que estudia tradiciones culturales que van más allá de los grupos cara a cara, debe tomar en cuenta a las narrativas de la identidad colectiva. ¿Cómo hace la gente que no se conoce entre sí para desarrollar una convicción de lealtad mutua? ¿Cómo, por ejemplo, construye la gente la nacionalidad o algunas otras formas de tales comunidades invisibles?²¹ Éste es el tipo de problema al que Thompson se enfrenta cuando perfila la formación de la clase obrera inglesa. ¿En qué nivel el historiador ha inferido la conciencia de la clase obrera, y en qué nivel (y con qué vocabulario) estaba ésta disponible para los actores históricos?

Una de las técnicas de Thompson para construir la clase obrera tiene que ver con el establecimiento de conexiones a lo largo de una red de alianzas y enemistades que emana de Thomas Hardy. En un ejemplo virtuoso de construcción de redes, Thompson vincula a Hardy y a William Blake a través de una excursión imaginativa que le recuerda a uno la "gran cadena del ser" y los recursos literarios para conectar personajes en novelas de la época. Thompson comienza esta excursión al decir, "Hardy sin duda era un artesano" (p. 20). Más tarde explica que, a un eslabón de distancia: "la línea entre los jornaleros y los pequeños propietarios con frecuencia se cruzaba" (p. 20). Describe el movimiento a dos y tres eslabones de distancia, de la manera siguiente:

Y la línea entre el artesano de estatus independiente (cuyo taller era también su "tienda") y el pequeño tendero o comerciante, era aún más tenue. De aquí había otro paso hacia el mundo de los grabadores auto-empleados, como Wi-

²¹ Un magnífico estudio llevado a cabo desde esta perspectiva es el de Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, London, Verso, 1983.

William Sharp y William Blake, de los impresores y boticarios, maestros y periodistas, cirujanos y clérigos rebeldes (p. 20).

Aunque Hardy y Blake habitaban mundos diferentes y nunca se conocieron, el historiador los ha conectado, dando un paso a la vez, a través de una serie de vínculos que unen entre sí a los elementos de la tradición de la disensión. La asombrosa retórica narrativa de Thompson revela una teoría de la sociedad como unidad orgánica que incluye a la clase obrera, pero que, sin embargo, la trasciende, en gran parte del modo en que John Ruskin y William Morris lo visualizaron.

La pregunta antropológica permanece: ¿construyeron la red Thompson o la gente de su época? ¿Se ha unido la gente debido a la similitud de su jerga y a lo parecido de sus percepciones (tal y como resulta aparente en el texto), o porque concebían a su unidad como una tradición de disensión tipo telaraña (lo cual es mucho menos claro)? Resulta crítico que los lectores puedan distinguir las maneras en las que Thompson, y no sus sujetos, han contribuido a la creación de la tradición radical. Además, la versión tipo telaraña de la tradición radical parece demasiado coherente, y resulta incómoda respecto de la noción de las tradiciones entendidas como procesos conflictivos.

NARRATIVA Y AGENCIA

Una prominente crítica a Thompson es que pone demasiado énfasis en la agencia, en perjuicio de la estructura. Perry Anderson, de manera preponderante entre otros autores, ha atacado a Thompson por el uso que hace de conceptos tan vagos como cultura y experiencia, y por no delinear los determinantes estructurales de la formación de la clase obrera. En contraste con Anderson, encuentro que *La formación de la clase obrera en Inglaterra* traza acertadamente los determinantes estructurales y los integra al estudio de la agencia humana. En efecto, Thompson me convence cuando afirma que se debe considerar a la clase social como un proceso continuo que ni

siquiera puede discutirse en el espacio temporal al que la mayor parte de los estructuralistas restringen sus análisis. En lugar de ello, estoy en desacuerdo con el uso que Thompson hace de los conceptos cultura y experiencia, no porque se deban descartar, sino porque las ideas del historiador se han fusionado con las de sus sujetos.

Mi punto de partida es que la agencia humana siempre trasciende al condicionamiento. No puede ser reducida a los factores estructurales por los que está, en parte, determinada, ni simplemente derivada de éstos. La acción debe entenderse con referencia a las metas, propósitos y prácticas significativas de los agentes. En este proyecto los historiadores (y los antropólogos) mantienen una doble visión, informada por su conocimiento sinóptico de las consecuencias a largo plazo de la conducta, y por su comprensión de la manera en que los agentes históricos (quienes no pueden saber las consecuencias finales de sus acciones) conciben los propósitos de aquello que está en juego en sus luchas.

Dicho de otra manera, la problemática incluye aquello que Anthony Giddens ha llamado la "doble hermenéutica".²² El analista debe entender tanto el curso de los eventos humanos como los entendimientos subjetivos de los agentes de su propia conducta. En el último caso, si el movimiento de los párpados (tomando un ejemplo que Clifford Geertz tomó, a su vez, de Gilbert Ryle) es un tic nervioso o un guiño, y si el guiño es de broma o conspiratorio, puede discernirse sólo con referencia a los entendimientos intersubjetivos, y no con la lente mecánica de un objetivista.²³ Los entendimientos de los actores no pueden omitirse de las explicaciones porque las intenciones humanas, entre otros factores, determinan la conducta humana. Esta problemática es particularmente notoria para los estudios que se centran en la agencia humana. Para que no haya confusión alguna, uno probablemente deba añadir que los actores humanos no pueden conocer sus motivaciones del todo, ni las condiciones bajo las cuales actúan, ni las consecuencias

²² *New Rules of Sociological Method*, p. 162.

²³ "Thick Description: Toward an Interpretive Theory of Culture", pp. 6-7.

de sus actos. En otras palabras, decir que los entendimientos subjetivos no pueden omitirse de las explicaciones, no equivale a decir que provean recuentos completos. Mi preocupación, como antropólogo, se centra en el error de Thompson de no separar sus propios entendimientos de los de sus sujetos. Al no hacer esta distinción crucial, Thompson trata a su propia narrativa como si fuera un medio neutral, más que una forma construida de manera cultural, seleccionada de un rango de modalidades posibles, tales como la tragedia, la comedia, la ironía, la narrativa pastoral y la melodramática. La elección de un modo narrativo, a su vez, condiciona la selección, organización y explicación de los hechos históricos.

¿DE QUIÉN ES EL MELODRAMA?

Al narrar la historia de la formación de la clase obrera, Thompson, de manera implícita, ha adoptado un modo estético que conmueve a los lectores más por un sentido heroico de victimización sentimental, que por un sentido heroico de proezas sobrehumanas. Este modo estético del periodo que analizamos se puede encontrar, por ejemplo, en las novelas de Charles Dickens o en el teatro popular.

En efecto, el académico literario Peter Brooks sostiene que un modo de narrativa particular ha dado forma a la obra de Dickens y de autores tales como Victor Hugo, Balzac, James, Dostoyevsky, Conrad, Lawrence y Faulkner (en contraposición, por ejemplo, a Flaubert, Maupassant, Beckett, Robbe-Grillet y posiblemente Joyce y Kafka). En sus propias palabras:

Al impartir clases y escribir sobre una serie de autores, en particular sobre Balzac y Henry James, encontré que utilizaba el adjetivo *melodramático*. Parecía describir, como ninguna otra palabra lo lograba, el modo de sus dramatizaciones, en especial la extravagancia de ciertas representaciones, y la intensidad de la exigencia moral que interfiere con las conciencias de sus personajes. Dentro de un contexto aparente de "realismo" y de vida ordinaria, parecían, de hecho, estar poniendo en escena un drama elevado e hiperbólico,

co, haciendo referencia a conceptos puros y polares de oscuridad y luz, salvación y condena. Parecían colocar a sus personajes en el punto de intersección de fuerzas éticas primigenias, y conferir a las actuaciones de sus personajes una carga de significados referida al choque de estas fuerzas.²⁴

Al igual que Dickens, y que otros, Thompson ha echado mano de un modo lingüístico popular durante el periodo, el melodrama, para transmitir su sentido de proceso histórico.²⁵ La imaginación melodramática con sus "conceptos polares" y "fuerzas éticas primigenias" informó (como hemos visto, sin haberlo aún nombrado de esta manera) las complejas valoraciones de Thompson de figuras tales como los Webb, los Hammond, Place, Thelwall y Wordsworth.

El uso del modo literario melodramático de Thompson, sin embargo, jamás se hace explícito en su obra. Por ende una definición de melodramático quizá venga al caso. Como forma literaria, el melodrama sigue la lógica de la exclusión de los términos medios al describir conflictos entre el bien y el mal; tales relatos se narran con una cualidad de intensa exageración que eleva la parcialidad entre lectores o escuchas. Las narraciones melodramáticas se pueden caracterizar por el elevado sentido de persecución de los participantes, el sentimiento de horror, de pánico o de piedad compasiva del público, y la postura moral del narrador respecto de los sucesos. Los dramas que prosiguen mueven a los lectores a tomar partido en batallas maniqueas entre la virtud y el vicio. La imaginación melodramática fuerza a su público a entrar en un campo de combate en el que no existe un punto medio.

Sin duda, el melodrama fue la forma cultural a través de la que los artesanos y otros trabajadores con frecuencia experimentaron los sucesos de sus vidas. La astuta elección del melodrama por Thompson, no obstante, reclama que se haga una

²⁴ *The Melodramatic Imagination: Balzac, Henry James, Melodrama, and the Mode of Excess*, New Haven, Yale University Press, 1976, p. ix.

²⁵ Huelga decir que la antropología tiene sus propios melodramas. Uno de los más recientes ha surgido en torno al ataque vituperioso de Derek Freeman en contra de Margaret Mead. Para un análisis de este debate en términos melodramáticos, véase Martin Silverman, "Our Great Deception, or, Anthropology Defiled!", en *American Anthropologist*, 85, 1983, pp. 944-947.

pregunta central. ¿Describe el sufrimiento de la clase obrera como un melodrama, porque ésta es una manera apropiada de relatar la historia, o porque ciertos individuos o grupos particulares experimentaron ciertos episodios en este tipo de lenguaje? ¿Se optó por este modo narrativo debido a que es generalmente apropiado al tema, o porque la clase obrera en efecto actuaba en relación con un entendimiento melodramático de su propia historia?

Tome en cuenta, por ejemplo, la manera en que Thompson construye su narrativa para que sus lectores tomen partido, con fuerza, por Thomas Hardy. En la primera página del libro, Hardy entra en acción como el "fundador y primer secretario" de la London Corresponding Society. Una página y dos años después, su epíteto se vuelve más modesto: un simple "zapatero". Una vez establecida la humilde posición de Hardy como un plebeyo, Thompson atrae nuestra simpatía al decir:

La señora Hardy murió durante el parto como resultado del choque que le provocó saber que su hogar fue sitiado por una muchedumbre de la "Iglesia y el Rey". El Consejo del Rey, con la determinación de llevar a término la acusación de alta traición, cuya penalidad completa era ser colgado del cuello, cortado aún vivo, desentrañado (y sus entrañas calcinadas delante suyo) y después decapitado y descuartizado. Un Gran Jurado de respetables ciudadanos de Londres no tenía estómago para algo así (p. 19).

Thompson describe la imagen popular común durante el juicio de Hardy en estos términos:

El público encontró en Hardy, una vez más, una de esas imágenes de independencia en las que el "inglés nacido libre" se deleitaba: un plebeyo firme y digno, desafiando al poder del Estado. Las circunstancias de la muerte de la señora Hardy atrajeron aún mayor simpatía (p. 135).

Las percepciones de los contemporáneos de Hardy articulan la simpatía que los lectores de Thompson sienten por un hombre común, que en sus imaginaciones ha tomado proporciones míticas.

En el capítulo final de la "Parte Uno", Thompson revisa los incidentes anteriores, pero con una diferencia. En sus palabras:

[...] fue en celebraciones de la victoria naval del "Glorioso Primero de Junio" que una muchedumbre atacó la casa de la señora Hardy, y un periódico londinense se mofó al decir que "la mujer murió como consecuencia de sentirse acechada por las imágenes de su querido Tommy colgado, destripado y descuartizado" (p. 132).

El brutal tratamiento dado al pobre zapatero y a su esposa se vuelve aún más vívido en la repetición que en la descripción original.

La imaginación melodramática de Thompson ha cumplido como vehículo de su visión política. Sus lectores claramente deben tomar partido por Hardy y su esposa, porque se ha convocado a su simpatía mediante imágenes de (malvados) perseguidores que infligieron sufrimiento a sus (buenas) víctimas. Sin embargo, los periódicos mofantes parecen burlonamente antimelodramáticos. Una vez más ¿es Thompson, o son Hardy y sus contemporáneos, quienes experimentan sus tribulaciones como melodrama? La rimbombancia sentimental de la victimización está mediada por formas culturales particulares, y no es algo dado en la naturaleza humana universal. Las tribulaciones de Hardy podrían haberse interpretado, de manera potencial, como la ira de Dios, el resultado de tachas morales, una argucia del destino, o una consecuencia de la conducta humana injusta. Su sufrimiento pudo haberse experimentado como purificación, como experiencia humillante, patética o heroica. Para un antropólogo es crucial ser explícito acerca del lenguaje a través del cual la gente experimenta sus historias.

HACER HISTORIA COMPROMETIDA

Cuando Thompson discierne entre fuerzas políticas opuestas y las encapsula en textos opuestos, con frecuencia se ubica a

sí mismo entre los protagonistas en contienda porque los puntos en conflicto son también suyos. El pasado y el presente se vuelven contemporáneos dentro de un solo campo de conflicto. Estos conflictos y las partes en contienda que los representan se han seleccionado a partir de un pasado más denso, debido a la vitalidad de dichos conflictos durante el periodo mismo del historiador. De entre sus logros, la obra construye, de manera activa, una tradición radical para quienes vivimos en el presente.

Como sus personajes, Thompson toma partido. Se rehúsa a colocarse fuera de sus historias, porque sus antagonismos perviven aún en el presente. Al escribir con frecuencia en primera persona, Thompson se coloca más como un partidario, que como un narrador omnisciente. Su posición de narrador no puede ser omnisciente porque los conflictos aún vitales, no han alcanzado todavía su resolución.²⁶ Simplemente no hay lugar para pararse por encima o por afuera del conflicto. De ahí la lógica de la exclusión del terreno medio y el llamado a que los lectores tomen partido.

En esta historia comprometida, William Cobbett surge como el comentarista más perspicaz sobre la formación de la clase obrera, en cuya creación tomó parte activa. Thompson caracteriza a su influyente figura de la manera siguiente:

La influencia de Cobbett se aprecia a lo largo de los años que van de fines de las Guerras hasta la aprobación de la Ley de Reforma. Decir que no era en sentido alguno un pensador sistemático, no equivale a decir que no ejerció una seria influencia intelectual. Fue Cobbett quien creó esta cultura intelectual Radical, no porque haya ofrecido sus ideas más originales, sino en el sentido de que encontró el tono, el estilo, y los argumentos que pudieron atraer al tejedor, al prefecto escolar, y al operario, a un discurso común (p. 746).

²⁶ Para consultar escritos pertinentes sobre narrativa, véase Alisdair MacIntyre, "Epistemological Crises, Dramatic Narrative and the Philosophy of Science", en *The Monist*, 60, 1977, pp. 453-472, sobre las tradiciones como argumentos, y Louis Mink, "Narrative as a Cognitive Instrument", en Robert H. Canary y Henry Kozicki (eds.), *The Writing of History*, Madison, University of Wisconsin Press, 1978, pp. 129-149, sobre la inconmensurabilidad de distintas narrativas "sobre la misma cosa".

Cobbett aparece tanto como el que genera la conciencia de clase, como el que surge de ella. Thompson describe este proceso dialéctico en la siguiente metáfora, rebuscada e inusual:

Las ideas de Cobbett pueden verse menos como un flujo propagandístico de una vía, que como la incandescencia de una corriente alterna que viaja entre sus lectores y él mismo (p. 758).

Usando los recursos del habla vigorosa y de la experiencia cotidiana, los escritos de Cobbett encarnan una relación, crean una tradición y movilizan una corriente, más de lo que articulan una doctrina convincente.

En la poderosa visión concluyente de Thompson, el lector encuentra una actitud partidaria *par excellence* en la apoteosis de William Blake. Thompson amplía su postura al interior de los argumentos radical *versus* de simples mejorías, al decir que la mejor gente de entre lo que llama las dos culturas o tradiciones, la clase obrera y el arte romántico, daban batalla al utilitarismo "con inteligencia y pasión moral" (p. 832). En el párrafo final de su obra, Thompson dice:

Después de William Blake, ningún intelecto se sentía cómodo en ambas culturas, ni tenía la genialidad para interpretar estas dos tradiciones entre sí. Un despistado Sr. Owen ofreció develar el "nuevo mundo moral", mientras que Wordsworth y Coleridge se habían aislado tras sus murallas de desencanto. Por ende, estos años parecen a veces mostrar un movimiento de resistencia, y no un reto revolucionario, en el cual tanto los románticos como los artesanos radicales se oponían a la anunciación del Hombre Adquisitivo. En el no encuentro de ambas tradiciones en un punto de articulación, algo se perdió. No sabemos con certeza cuánto, ya que estamos entre los perdedores (p. 832).

Thompson se dirige al presente al escribir del pasado. El fracaso de la sociedad inglesa de trascender al capitalismo y lograr su unidad orgánica, de la manera en que William Morris lo concibió, al conjuntar a la clase obrera y al arte romántico, se vuelve un fracaso de la conciencia y la imaginación.

Thompson mismo aparece como un protagonista principal de su propia historia. Es el heredero de la persuasiva prosa de Cobbett, y el articulador de la compleja visión de Blake. Lejos de ser un observador desapegado, Thompson toma partido cuando entra en la acción por la que se formó la clase obrera. En ocasiones habla con la voz de la razón sobre las preocupaciones centrales del historiador de la fuerza de trabajo, de manera en apariencia incontrovertible. En otras, consiente escribir invectivas y ataques contra sus colegas historiadores, obreros, y artistas románticos por igual. En otros lugares predica y exhorta a sus lectores y a sus principales protagonistas con su incisivo juicio moral. Su magistral historia comprometida resulta pasional y convincente.

La formación de la clase obrera en Inglaterra se yergue como obra ejemplar de cómo escribir una historia comprometida. Entre los antropólogos críticos, provee de un modelo de reflexión en el que el análisis explícitamente toma en cuenta la postura del analista. Esta idea se parece a la práctica del científico de estudiar tanto los datos, como los instrumentos con los que se han recolectado. También trae a colación la noción del artista de que el medio puede inspirar tanta creatividad (o hasta volverse) como el objeto representado. ¿Qué podría volverse en la visión moral, compromiso político, o vida del analista, una fuente de discernimiento o de ceguera? De manera no distinta a los agentes humanos, que actúan en relación con sus propias metas, los analistas entienden al mundo a través de su posición institucional, sus compromisos políticos, posturas morales e historias personales.

Con todo, la apremiante visión moral de Thompson no puede exportarse de inmediato a la antropología, porque la gente de la que escribimos tiene tradiciones culturales cuyos antagonismos difieren de los nuestros. Quizá nosotros, y las personas integrantes de otras culturas, compartamos ciertos problemas en relación con el sistema mundial del capitalismo; pero sólo el más presuntuoso de los antropólogos podría afirmar que sostiene una posición legítima al tratar los debates internos de otros pueblos. En efecto, este problema también se aplica a Thompson. Del mismo modo que el historiador rápidamente

adhiera su visión con aquella de sus sujetos, también demasiado pronto afirma una continuidad entre pasado y presente, abarcada por la tradición Radical. Sin duda, de algún modo está reñido consigo mismo, porque esta tradición, como todas las otras tradiciones culturales, encarna discontinuidad, heterogeneidad y conflicto, más que continuidad, coherencia y consenso.

Imagine, por ejemplo, cómo un escritor decididamente antitelodramático, como Michel Foucault, podría hacer de la tradición radical algo más extraño que familiar. Podría hacer que las luchas de clases sin clase del siglo XVIII, parecieran más inteligibles que aquéllas de los siglos XIX y XX. En el juego de distancia y acercamiento, Thompson crea una tradición radical dentro de la cual una identificación entre pasado y presente ocupa el primer plano, y la extrañeza permanece oculta en un segundo plano, oscuro. La identificación misma que permite que se escuchen otras voces con toda su fuerza persuasiva cuando hablan al presente, puede, a la vez, amortiguar los tonos distintivos del pasado. Cuando las voces se amortiguan de manera particular, conforme las problemáticas que exponen divergen de las nuestras, el problema de percibir con precisión el papel de la agencia en las luchas históricas, sólo se incrementa. De aquí el sentido en el que la historia de Thompson puede estar reñida consigo misma.